



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11799

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 8 DE MARZO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

NUESTRA DESPEDIDA

El deber político obliga á los Alcaldes de Real orden á renunciar sus puestos cuando cambia de rumbo la nave del Estado. Representantes del Gobierno, caen con él cuando desaparece, para dejar el sitio al representante de la nueva política. Eso ha ocurrido siempre y eso ha ocurrido ahora: el Alcalde de Cartagena ha dimitido para dejar el puesto que ocupó dignamente al representante del señor Sagasta.

D. Mariano Sanz Zabala abandona la Alcaldía en condiciones inmejorables. Pocos serán los presidentes de municipios que al dejar sus cargos con motivo de la subida de los liberales, produzcan en sus pueblos sentimientos tan hondos de afecto. Al retirarse de la Alcaldía de nuestro Ayuntamiento el Sr. Sanz, le acompaña la estimación pública, sintiendo que el deber político le obligue á interrumpir la serie de mejoras en que se ocupaba.

Seríamos injustos si a esas manifestaciones sentidas que en la tertulia y en el hogar se hacen no uniéramos la nuestra. Quien viniendo todo género de dificultades ha realizado en Cartagena lo que en larguísimas y porfiadas campañas hemos defendido, y algo más que no figuró nunca en el programa de mejoras locales, tiene derecho á nuestras alabanzas y aplausos y se las otorgamos entusiasmados.

La Casa-ayuntamiento se deberá á su iniciativa, á su voluntad inquebrantable, á su deseo de dar á la representación del Municipio el alojamiento digno que debe tener. La barrera que dificultaba la salida al Muelle la allano él con su constancia. Él ha mudado el piso á la ciudad y á él se deben las Escuelas municipales que han puesto el nombre de Cartagena á altura

envidiable en España, popularizando el nombre de quien al concebir las y realizarlas ha hecho el primer acto de esa regeneración española tras la cual vamos todos, si bien son pocos los que tienen conciencia del camino que conduce á tal fin.

El Sr. Sanz se ocupaba actualmente en una mejora importantísima que respondía no solo al embellecimiento de la población sino también á su salubridad. Nos referimos á la demolición del Molinete, que habria dado lugar á un barrio hermoso y á la desaparición de centenares de casuchas cuya agrupación constituye gigantesco é insalubre foco.

Con la constancia de que ha dado pruebas repetidas; con la fuerza de voluntad necesaria en quien se arroja á tan grandes empresas; aprovechando el tiempo sin perder minuto; llevando paralelas distintas gestiones, para mejor aprovecharlo y llegar más pronto á la realización de esa mejora, á su consecución estaba dedicado cuando le ha sorprendido el cambio de Gobierno que le obliga á presentar la renuncia del cargo que tanto enalteció. De haber seguido dos años más en la Alcaldía, la mejora hubiera quedado realizada; de eso estaban seguros los cartageneros á los cuales había transmitido su fé el Alcalde dimitente.

El paso del Sr. Sanz por la Alcaldía no ha podido ser más provechoso: se han realizado cuatro mejoras importantes y las cuatro á la vez.

Por eso aplaude Cartagena gestión tan provechosa; por eso alaba el trabajo del Alcalde; por eso al darse cuenta de que el cambio político le obliga á dimitir, siente su ausencia.

Manifestaciones tan unánimes, que no nacen de un partido ni de una clase social, sino de todas, no pueden traducirse de otro modo que por sentimientos de gratitud

al hombre que haciendo gala de una gran modestia ha sacrificado su tiempo desinteresadamente por amor al pueblo en que vive, que no es siquiera aquél en que nació.

Tan desinteresada ha sido la gestión del Alcalde que no ha admitido por sus servicios ningún premio. Los honores que le han ofrecido con gran insistencia los ha rechazado.

Después de todo, el mejor premio á sus servicios lo tiene en sus obras y en los elogios que le dedican los cartageneros. Eso vale más.

Por nuestra parte compartimos con la ciudad los afectos y elogios que dirige al Alcalde dimitente, para el cual tendremos en toda ocasión un recuerdo cariñoso y una frase de alabanza.

TIJERETAZOS

Casi no han tenido tiempo los ministros de posesionarse de sus cargos y ya comienza la guerra de guerrillas.

El primer disparo lo hace *La Opinión*, es decir el periódico que lleva tal nombre.

Y dice que la crisis no ha sido resuelta con lógica.

Esa opinión me resulta sospechosa. Porque la pública dice lo contrario aplaudiendo á rabiar.

¡Y eso que es la que paga!
¡Si tendrá razón!

A la cabeza de la segunda sección de guerrilleros se encuentra *La Epoca*.

Y dice toda enfurecida que el Sr. Sagasta ha sido llamado porque no venga el jefe de la Unión conservadora.

Esa es una verdad de Perogrullo que no habla en favor de la experiencia de la abuela.

Los que hemos seguido el curso de la crisis comprendimos enseguida que á eso se tiraba.

Lo que más ha extrañado á *La Epoca* es que no se haya pedido programa al jefe de los liberales.

¡Para qué!

Ni siquiera lo ha pedido el país.

Dice *El Ejército Español* hablando de la crisis:

«Durante el curso de la crisis, en buena hora resuelta, hubo un tiempo en que temimos que para desdicha del Ejército llegara á ser poder el Sr. Villaverde.

No pudiera haber acontecido mayor infortunio para la Patria, para el Ejército y aun para las instituciones; mas ya que la fortuna quiso alejar este riesgo, demos paz á los malos recuerdos del pasado y á los agravios recibidos y congratulémonos de que el corazón pueda abrirse de nuevo á la esperanza.»

¡Pero ese Villaverde es el cólera morbo! Al ver como todo el mundo se acordona contra él cualquiera lo creería una plaga.

DESDE GRANADA

CARTA Á UN AMIGO

Mi muy estimado Joaquín:

Tengo á la vista tu última apreciable carta y deferente con el deseo que en ella manifestaste, voy á darte algunas noticias de como pasamos el tiempo en esta Universidad del Sacro-Monte, notable por la fecha ya remota de su creación, 1609, é ilustrada por los nombres de los muchos que asistieron á sus aulas conquistando más tarde alta y justa reputación en las letras, en la política y en el foro.

En las horas en que la ciudad granadina parece todavía dormida y en la que por este tiempo suena el alba, oímos los alumnos que cursamos la carrera en el severo é inmenso edificio en que vivimos, el sonido—suave simpático por cierto—de la campanita que voltea en la elevada torre del Sacro-Monte.

Es la señal que nos avisa á los que habitamos el colegio, de que es llegada la hora de dejar nuestros pocos veces mullidos lechos.

Media hora más tarde verías pasar embozados hasta los ojos en sus históricos y parduzcos mantos á los estudiantes que van á ofrecer al Señor las faenas escolares del nuevo día.

Nadie que no lo haya experimentado puede apreciar la sensación del intenso frío que se nota al atravesar nuestros amplios patios, cubiertos casi siempre por la nieve.

El sol no ha dorado todavía con sus rayos la nevada sierra cuando regresamos de capilla; pero ya los albores del crepúsculo lanzan su primera y débil claridad.

Tras breve rato de estudio tomamos el frugal desayuno, y á la luz del sol que aún no llega lo bastante á nuestro grande y triste comedor, presta la suya la importante instalación eléctrica de este edificio montada para su exclusivo uso.

En el estudio que á este acto sigue es curioso ver á cada estudiante sentado en la enrejada ventana de su cuarto, las piernas entre los hierros buscando el calor del benéfico sol que ya comienza á calentar nuestros casi congelados pies.

Paseo por alto la descripción de las clases y comidas y voy á darte cuenta de los recreos.

Existe frente al Colegio una gran plaza. Suena la hora del recreo que muchos aprovechamos para quedarnos tranquilamente en nuestros cuartos; pero nunca faltan grupos más ó menos numerosos que en lijeros y no interrumpidos paseos procuran, con el ejercicio, hacer entrar en reacción sus cuerpos.

Desde dicha plaza se distingue y aprecia perfectamente la histórica ciudad y los recuerdos se agolpan en tropel á la memoria.

El último baluarte de la morisma se extiende en deliciosa vega bañada por el Genil y su afluente el Darro, cuyas suaves y mansas aguas besan las faldas del monte, en cuyas Santas Cuevas fué quemado San Cecilio, patrón del pueblo granadino.

Si vuelves los ojos á la izquierda verás el palacio de Alhambra, verdadera y artística maravilla de los hijos del Corán.

Por las ventanas de los torreones—formados por dos arcos cuyos extremos medios descansan sobre una columna de mármol que se apoya en la parte baja de la ventana—te parecería contemplar el agraciado rostro de grandes y negros ojos de una encantadora sultana, cuyo seno se agitará al aspirar el perfumado ambiente que la rodeará y por los suspiros arrancados por los armoniosos y melancólicos deijos de las amorosas canciones, que tañendo dulce lira, lo dirigiera su amante.

Imagínate, mi querido amigo, á la puerta del palacio musulmán constantes vigías que velan por la seguridad de sus moradores; míralos altos, robustos, con turbante y traje blanco que tan gran contraste forma con su negro color, su cimita-

RENATA MAUPERIN

146

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 146

hermanas... las tres Gracias de Batignolles: una de ellas es idiota, otra...

Y Renata se detuvo, viendo los ojos alarmados y temerosos que Noemi le dirigía, como un pobre ser, avante y falto de ingenio, inquieto hasta el fondo del alma por todos aquellos golpes de maledicencia repartidos á su lado. Renata, levantándose, corrió á darle un beso.

—¡Tonta!—la dijo dulcemente.—¡Todas esas gentes son personas á quienes no amol...

XVII



ERMIQUE no acudió hasta los últimos ensayos. Sabía la obra, y en ocho días estuvo todo pronto. Pero «El Capricho» era muy corto para llenar toda una noche, y se pensó acabar la representación con una bufonada. Leyéronse y se abandonaron dos ó tres de las representadas por entonces en el Palais Royal, á causa de ser poco numerosa la compañía, adoptándose al fin una farsa representada con éxito en un teatro de los bulevares y que

venido principalmente por el placer de ver Vdes., no me disgustará juzgar por mí misma...

—Pues puede V. estar tranquila, querida señora. Encontrará V. en su hija una naturalidad... y oiertas notas... Está verdaderamente encantadora.

Con esto dió principio el ensayo de «El Capricho.»

—La lisonjeaba V. mucho—dijo en las primeras escenas madame Bourjot á madame Mauperin; y dirigiéndose á su hijo:—no está sentido eso... te limitas á recitar... y eso que te he llevado á ver la obra en el teatro Francés. Pero continúe el ensayo.

—¡Ah! Señora, vá V. á atemorizar á la compañía... que necesita de toda indulgencia.

—No hable V. por sí, señorita—respondió madame Bourjot.—Si mi pobre niña representase como usted...

—Vamos—dijo Denoissel á la señorita Bourjot—pasemos á la escena sexta y que nos juzguen en ella... porque yo oree que la dice V. muy bien, y como se interesa mi vanidad de profesor... ha de permitírsenos...

—¡Oh! Caballero—dijo la madre—hago la debida distinción entre el profesor y la discípula, y V. no es responsable...

Una vez representada la escena:

—Vamos, eso no está del todo mal... puede pa-